

pesos, sin contar el menage, plata labrada, esclavos y posesiones.

Fue sin disputa uno de los magnates mas opulentos de su tiempo. Nombró por sucesores en el patronato, despues de los dias de su mujer, al rector y diputados de la cofradía del Santísimo Sacramento. Fue enterrado en la bóveda que á este fin hizo construir en la referida iglesia, y aun no concluía el acto, que tuvo verificativo á las cinco de la tarde, cuando se supo en la ciudad que de orden del virey se estaba procediendo al embargo de todos los bienes que dejó, por resulta de las veces que fue prior del consulado.

Sin embargo, parece que esos bienes tuvieron la rara fortuna de salvar de las garras del fisco, lo cual puede conjeturarse de que D^a Isabel de Barrera quedó en posibilidad de seguir aplicando una parte de ellos á obras como las de la Concepcion. El ya citado Lic. Guijo nos informa, que á expensas de esa señora se reedificó la parroquia de Santa Catarina Mártir, la cual fue abierta de nuevo con una procesion solemnísima, el dia 22 de Enero de 1662.

VI.

PROGRESOS.

Desde que nuestras monjas abrieron su nueva iglesia á la admiracion de los fieles, creció el ahinco en las nobles familias de los vecinos de Méjico, y señaladamente en las descendientes de conquistadores, por que sus hijas tomasen el hábito de la Concepcion, y pocos años despues, segun refiere el curioso Vetancurt, encerraba el convento ciento treinta monjas de velo, con otras tantas niñas educandas y sus correspondientes mozas de servicio.

Y esto era natural, atendidos los elementos constitutivos de nuestra sociedad en aquel tiempo.

La aristocracia era intransigente en sus aspiraciones y exigencias tratándose de dar estado á las doncellas nacidas en su seno. Por otra parte, los hombres que pudieran satisfacer esas

exigencias y contentar esas aspiraciones, escaseaban cada dia mas y mas. Pero ¿cómo era posible que una señorita de sangre goda, cuya madre habia sido acaso dama de la reina, uniese su suerte á la de un criollo plebeyo por adinerado que fuese! Bien podia el amor tener unidos los corazones de uno y otra con vínculos de fuego; bien podia el amante estar dotado de prendas personales no comunes; bien podia ser dueño de los tesoros de un judío; el padre, y en especial la madre de su pretendida, desestimaban todas estas ventajas reales, y antes que consentir en dar al criollo la mano de la señorita, la ofrecerian gustosos al mozo pobreton, jugador y pependenciero, pero de sangre azul, ó sacrificarian el bienestar de la ninfa encerrándola contra su voluntad en un convento.

Ya por este tiempo estaba fundado el real de Jesus María, cuyo patronato tuvieron los monarcas españoles, y que fue expresamente destinado para servir de asilo á las doncellas desvalidas, vástagos de conquistadores, que anhelaran sepultar sus dias en el claustro; pero el de la Concepcion gozaba privilegios de antigüedad y de hermosura que no podia ningun otro disputarle: era ya una rica mansion que brindaba en su recinto silencioso todas las comodidades que hacen la vida llevadera y aun amable; habitábanla damas de sangre ilustre, enriquecidas con el prestigio de la juventud, las gracias y los dones de una fortuna colosal y cada dia en aumento; y sobre todo, pertenecia á una orden en cuyo establecimiento y adelantos intervinieron sucesos tan maravillosos como los ya referidos. Que ¡D^a Beatriz de Silva era una mujer vulgar!... La noble fundadora no habia hecho mas que obedecer el mandato de la Virgen María, á quien tuvo la dicha de contemplar cara á cara; y el hábito de las monjas es una semejanza del en que se presentó á su alma candorosa y abrumada de pesares.

Ademas, su hermosura, su incomparable hermosura, ¿no fue el tema de todas las conversaciones y no causó las ansias y desesperacion de tantos caballeros? ¿no dió lugar á los celos de una reina? ¿y no cautivó, segun dicen malignos historiadores, aun al alma belicosa de D. Juan II de Castilla?

Por otra parte, los principios del monasterio mejicano, naden en una fragancia de dulces memorias, entre las cuales preside tambien la hermosura con todos sus hechizos. Las primeras damas que le fundaron con destino á la educacion de

nifias indias, segun dijimos, fueron enviadas por la emperatriz D^a Isabel, la mujer más bella de su tiempo: lo era en tan alto grado, que su esposo Carlos V, el monarca mas poderoso de su siglo, en un arranque de entusiasmo, en un exceso de idolatría, le dió por divisa las Tres Gracias; mas no como las representa la fábula, sino teniendo una en la mano una rosa, otra una rama de mirto, y la última otra de encina con fruto, para simbolizar con este ingenioso grupo, belleza, amor y fecundidad: las gracias ostentaban por su parte esta divisa: *Haec habet et superat*; como si el emperador hubiera querido decir—mi amada posee todo esto y mucho mas.

Nada podemos decir acerca del solar donde se edificó el convento; pero mucho sí del célebre español á quien perteneció recién hecha la conquista de Méjico, y que lo cedió para que en él se fundara el primer asilo de nuestras concepcionistas: Andrés de Tapia fué un hidalgo por mil títulos notable, y de quien la historia hace honorífica mencion á cada paso.

Fue natural de Medellin, y por lo mismo del lugar donde nació Hernan Cortés, á quien acompañó en su expedicion á nuestro país, y del cual obtuvo singulares muestras de confianza: en la toma de Zempoala y prision de Pánfilo de Narvaez, figuró en el tercio que mandaba Cristóbal de Olid; reconoció el Popocatepetl despues de Ordaz y antes de Montañó y de Mesa; distinguióse en el sitio de la capital; procuró apaciguar los ánimos durante los trastornos que en el gobierno de la naciente colonia sobrevinieron á la ausencia del conquistador, empeñado en su desastrosa expedicion á Hibueras, ó sea Honduras; y por último, tuvo en encomienda la ciudad de Cholula, que cedió despues á la corona en cambio de Atotonilco, figurándose sacar mayores ventajas de este pueblo, en lo que ciertamente padeció equivocacion.

Esto y más grabó la historia en nuestros fastos acerca del sugeto que primero tomó á su cargo la proteccion del monasterio de la Concepcion. Acaso él fue tambien quien tuvo antes que otro ningun la idea de importar de España á nuestro país la primera colonia de vírgenes consagradas al retiro bajo el hábito religioso, por mas que el cronista antes citado nos insinúe hasta dos veces que toda la gloria de este hecho debe atribuirse á la órden franciscana, y que "al que planta una parra de de cuyos sarmientos se hacen otras viñas, se le debe como á primera causa

la honra de sus frutos;" citando en apoyo de esta verdad el ejemplo de Noe, que "plantó despues del diluvio la primera parra, y le tuvieron por Dios los gentiles, á quien llamaron Jano, que quiere decir divino, ofreciéndole perpetuamente pámpanos y racimos."

No entraremos nosotros á decidir sobre este punto verdaderamente accesorio; lo que importa saber es, que todas estas noticias que ya en tiempo de Simon de Haro formaban un tesoro de doradas tradiciones, hacian aparecer el convento á la imaginacion de nuestras jóvenes compatriotas como un palacio encantado, cuyos muros resplandecian con los colores del iris, dentro de los cuales moraban lejos de los afanes y cuidados del mundo las inocentes ilusiones, los castos ardores de un amor divino, y en cuyo recinto poblado de celestiales armonías, el corazon no echaba menos los festivos goces de la juventud, ni las incomparables caricias de una madre, ni las sabrosas consejas del abuelo referidas en el silencio de la noche y en el seno de la familia embebida al escucharle. ¿Qué habia pues de extraño en que las mas garridas doncellas volasen al claustro, como se congregan las mariposas á libar la miel que atesora el seno de una flor?

El espíritu monástico tomaba un vuelo desmedido autorizado por lo ilustre de sus conquistas, por el auxilio eficaz de una aristocracia engreida y desdeñosa, y por la incesante proteccion que le dispensaban todas las clases de la sociedad encendidas en una devocion mas ó menos ferviente.

Así que, el monasterio que al principio se vió reducido á cortos tamaños, poco á poco fue invadiendo los lugares circunvecinos, que ocupaba con nuevas habitaciones para otras tantas vírgenes apartadas de grado ó por fuerza de las seducciones del mundo; y en breve ya no fue un solo edificio, sino muchos adunados, con franca entrada de unos á otros, á manera de un palacio monstruoso ó de una ciudad construida en el mismo recinto de otra ciudad.

Cada habitacion de las susodichas, capaz de abrigar una familia, pertenecia no obstante á una sola monja, y se llamaba humildemente *una celda*.

Finalmente, para completar el cuadro que presentaba el convento en aquel período, añadiremos que sus rentas eran sobradas, y que cada año, deducidos los gastos del culto, que se sos-

tenia con pompa, las superiores sacaban de arcas, previa licencia del reverendo arzobispo y de la comunidad, una suma respetable de pesos fuertes que imponian á censo en alguna finca bien acreditada.

VII.

UN HALLAZGO CURIOSO.

“Esto y más” acabamos de decir respecto de lo que nos cuenta la historia acerca de Andrés de Tapia. No pensamos agotar todas las noticias que le conciernen, porque sobre haber menester para ello mas espacio, seria impertinente y por lo mismo enojoso; pero á su nombre se asocia una aventura no muy vulgar y poco celebrada de los escritores que han cultivado últimamente nuestra historia antigua, y estas circunstancias nos mueven á pensar que el relato de la misma no será acogido con un ademán de displicencia.

Hallábase Cortés con su flota en la isla de Cozumel, despues de la salida que hizo de Cuba con direccion al continente americano.

Entre sus soldados habia algunos de los que le precedieron en aquella espedicion, viniendo con Francisco Hernandez de Córdoba, y dos de ellos eran Martin Ramos, vizcaino, y el amable Bernal Diaz del Castillo.

A estos se dirigió pensativo una vez preguntándoles qué sentian de las palabras *castilan*, *castilan*, que habian oido de boca de unos indios de Campeche cuando acompañaron al citado Hernandez de Córdoba.

Los interrogados se limitaron á contestar refiriendo minuciosamente la ocusion y circunstancias en que oyeron esas palabras; pero él, mas avisado, les dijo haber pensado en ello muchas veces y que sospechaba estarian algunos españoles en aquellas tierras.—Paréceme, añadió, que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel, si saben alguna nueva de ellos.

Hízolo así en efecto valiéndose de intérprete, y todos á una

los principales de la isla contestaron que habian conocido en la Tierra Firme hombres con barbas, que eran extranjeros, y los tenian por esclavos unos caciques; añadiendo que allí, en Cozumel, habia indios mercaderes que hacia poco tiempo les habian hablado.

Pero dejemos continuar la narracion á Bernal Diaz, testigo presencial de estos hechos:

“E díjoles Cortés (á los principales) que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*, y dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo, que cuando volviesen les daria mas cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercibir dos navios los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantin, y con veinte ballesteros y escopeteros y por capitán de ellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche (hoy cabo Catoche) aguardando ocho dias con el navio mayor: y entre tanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navio pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra: y escrita la carta, decia en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estais en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengais aquí á Cozumel, que para ello envio un navio con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estais; y lleva el navio de plazo ocho dias para os aguardar: venios con toda brevedad: de mí sereis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navios: en ellos voy mediante Dios, la via de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.

“Luego se embarcaron en los navios con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decia Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba. . . . Y desde las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y

lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese.

“Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió:

—“Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tienenme por cacique y capitán cuando hay guerra: ios vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera? é ya veis estos mis tres hijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

“Y asimismo la india, mujer del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo:

—“Mira! con que viene este esclavo á llamar á mi marido; ios vos, y no cureis de mas pláticas.

“Y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer y hijos lo hacia, que la llevase consigo, si no los queria dejar; y por mas que le dijo y amonestó no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde habia estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, y aun uno mas que llevó de plazo el Ordas, para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo á lo que habia venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solia vivir.

“Y dejaré esto, y diré cuando Cortés vió venir al Ordas sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordas, que habia creído que otro mejor recado trajera que no venirse así sin los españoles, ni nueva de ellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra.”

Perdida segun esto la esperanza de juntarse con ellos, á lo menos por entonces, determinó el conquistador seguir su viaje: dió algunas instrucciones á los isleños acerca del culto cristiano, y ordenada competentemente la flota, se hizo á la vela con buen tiempo.

Eran las diez de la mañana, y bogaban las naves prósperamente cuando la tripulación de una de ellas da voces alarmantes; pónense á la capa y disparan una pieza de artillería, cuya detonación pudieron oír todavía los moradores de Cozumel.

Averiguada la causa de este acontecimiento, fue reconocido que el navío capitaneado por Juan de Escalante, donde iba el pan de cazabe, se anegaba y volvia apresuradamente á la isla; por lo cual dispuso Cortés que los demas le acompañasen, arribando todos juntos á la playa de donde poco tiempo antes se habian separado.

Hecha la relacion de este contratiempo, prosigue así Bernal Diaz:

“Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla paercos de la tierra), que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la punta de Cotoche; y mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desque los indios que venian en la canoa que traia alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni mas ni menos que era indio), luego envió á decir á Cortés con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y despues que hubieron saltado en tierra, el español mas mascado y peor pronunciado, dijo:

—“Dios é Santa María, y Sevilla.

“Y luego le fue á abrazar el Tapia; y otro soldado de los

que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fue á mucha priesa á demandar albricias á Cortés como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés; y antes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenian por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquildo á manera de indio esclavo, y traia un remo al hombro y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor; y traia atada en la manta un bulto que eran Horas muy viejas.

“Pues desde que Cortés le vió de aquella manera, tambien picó como los demas soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguellas, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra?

“Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decia Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenia órdenes de evangelio; que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la Isla de Cuba, ó á Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los cacachionis (caciques) de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habian muerto de dolencia; y las mujeres que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se murieron, porque las hacian moler, é que á él que le tenian para sacrificar, y una noche se huyó, y se fue á aquel cacique con quien estaba, y que no habian quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fue á llamar, y no quiso venir.

“E desde que Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por to-

do, y le dijo, que mediante Dios que de él seria bien mirado y gratificado.”

El venturoso capitán cumplió su palabra, pues parece que le distinguió en adelante con favores y miramientos que jamás escusaba con personas de quienes podia sacar provecho, y en este caso se hallaba Aguilar. Este, en efecto, prestó importantes servicios en el curso de la espedicion, y fue antes de D^a Marina el intérprete por medio del cual se comunicaron los españoles con los indígenas del continente americano.

Era valeroso. Desempeñó comisiones de confianza, como fue la de exigir de los cholultecas el juramento de fidelidad á Carlos V, antes de que el ejército invasor se dirigiese la primera vez á Méjico. Estando ya en esta ciudad, pidió á nombre de Cortés licencia á Moteuczoma para construir una capilla donde se pudiesen celebrar los divinos oficios, obtenida la cual, y merced á la empeñosa cooperacion del mismo rey que dió indios operarios y los materiales que eran menester, la fábrica se concluyó en dos dias, siendo este el primer oratorio que los españoles tuvieron en la capital.

Figuró despues como actor en el gran drama de la conquista del país; y cuando quedó este ya sujeto, residió en él por muchos años y murió tullido, logrando, como Andrés de Tapia y casi todos aquellos aventureros, la fortuna de no perecer en el campo de batalla, y tal vez la de vivir colmados de honores y riquezas en medio de una nacion que poco antes consideraban enemiga.

Ygnórase si despues de la conquista cultivaron su trato Tapia y Aguilar; pero es probable que así fuese, y que el primero no dejara de sonreir al recordar con el segundo las singulares y novelescas circunstancias en que hubo de conocerle. Inagotable seria el caudal de su conversacion, en la que se verian admirablemente enlazadas todas sus aventuras y descritos todos los pasos dichosos ó infortunados que en una senda estrecha y sembrada de espinas, tuvieron ambos que dar para llegar á la cumbre de la gloria: comunicarian entre sí los juicios que formaban acerca de las cosas del país, y particularmente del gobierno de la naciente colonia; se confiarian sus proyectos de futuro engrandecimiento; y acaso Tapia escojeria con el buen eclesiástico los medios mas aptos para realizar la fundacion del convento de concepcionistas, que fue tal vez en el último tercio

de su vida la idea favorita que le traeria constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su carrera se consagran regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto mas serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorbieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

VIII.

TAMBIEN LAS MONJAS SE PRONUNCIAN.

Pero hasta de digresion.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si ya no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con escepcion de las noticias tocantes á la ereccion del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundacion perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexion mas ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O seria bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquella, siempre las mismas desde los tiempos mas remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo mas apetece-

ble, lo más escelente, lo más prodigioso, lo más divino; es en suma, según espresa su título—*llave de oro para abrir las puertas del cielo*.

Por conquistar esta llave ¿no habrían desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, solo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo según el cronista Vetancurt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millon cuarenta mil pesos; y ya se ve si con un millon de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea por lo espuesto que siempre fue tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de asictiva escasez, en que el hambre pálida solia tiranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima racion en especie diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han sucedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudian á estas en tropel y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepcion, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imágen de nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnicion llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo, mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido un calzado tosco, un cordon de pita ó cáñamo y una toca blanca de